

Nacionalismo e integración

CARLOS FUENTES

Existe una tendencia generalizada a emplear el término *nación* como si fuese una palabra antigua, consagrada, indudable. Ello dice mucho sobre la fuerza legitimante de este vocablo y de su derivado, el nacionalismo. Todos los teóricos contemporáneos del tema -Isaiah Berlín, Ernest Gellner, Eric Hobsbawm- nos advierten, sin embargo, que *nación* y *nacionalismo* son dos expresiones muy recientes, inexistentes e inconcebibles en el mundo antiguo y en la Edad Media.

Nacionalismo y *nación* son términos de la modernidad. Aparecen para darle justificación ideológica y legitimación política a ciertas ideas de unidad -territorial, política y cultural- necesarias para la integración de los nuevos estados europeos surgidos del Renacimiento, la expansión colonial y las guerras de religión. De la necesidad surgió la ideología nacionalista, y de ésta la nación misma. Ernest Gellner advierte que el nacionalismo hizo a las naciones, y no al revés. El nacionalismo tomó culturas preexistentes y las convirtió en *naciones*. Es la cultura lo que precede a la nación. Y la cultura puede organizarse de muchas maneras: como clan, tribu, familia, sociedad, reino...

«¿Qué es una nación?», se preguntó hace un siglo, en una famosa conferencia en La Sorbona, Ernest Renan. Y contestó: «Es un plebiscito cotidiano». Es decir: es una adhesión diaria a una cierta unidad territorial, política y cultural, una suma de valores que informan, y justifican, las ideas de *nación* y *nacionalismo*. Pero, ¿qué es lo que provoca la aparición misma de esas naciones? Emile Durkheim habla de la pérdida de viejos centros de identificación y de adhesión -precisamente los que acabo de mencionar: clan, tribu, familia, etc.- y de la necesidad imperiosa, cuando esto ocurre, de crear nuevos centros que los sustituyan. Tsaiah Berlín añade que todo nacionalismo es respuesta a una herida infligida a la sociedad.

En gran medida, el nacionalismo mexicano responde a estas ideas. Nace para sustituir lazos perdidos o imponerse a lazos antiguos que la modernidad considera arcaicos; nace, en consecuencia, como parte de un proyecto de modernidad, a fin de darle cohesión y velocidad, y nace, siguiendo a Berlín, para dar respuesta a heridas infligidas a la sociedad.

Si aplicamos las ideas de Durkheim y de Berlín a la historia de la sociedad mexicana podemos observar cuatro pérdidas del centro de adhesión. La primera es la del centro de adhesión indígena. Más que de las estructuras políticas aztecas, ésta fue la pérdida del mundo religioso, de la cosmovisión irremediadamente dañada por la conquista española. La respuesta a tal herida fue, asimismo, religiosa y cultural, más que política. Para crear nuevas identificaciones en la sociedad, importaron menos las endebles leyes políticas que la moderna adhesión religiosa promovida por la aparición de una cultura cristiana y fortalecida por la asimilación sincrética del mundo antiguo mexicano.

La segunda pérdida es la de la falsa nación independiente, prolongación política del colonialismo. Entre 1821 y 1854 subsisten las relaciones socioeconómicas coloniales, pero desprovistas de las justificaciones religiosas. La legitimación sustitutiva -la independencia, la república, la legalidad, la unidad territorial- son desplazadas por la victoria norteamericana de 1847. La república de Santa Anna no es "capaz de defender la idea de *nación* exaltada por su siervo, Morelos. El segundo golpe no tarda en llegar: la invasión francesa y el imperio. Juárez le devuelve el sentido a la nación y al estado. El liberalismo rechaza, en cambio, la legitimación religiosa. La sustituye por la legitimación política y económica. Esta se llama democracia. Identificada con la nación y el estado, la democracia sería un valor de unidad superior a la diversidad cultural (indígena, española, católica, sincrética, barroca...) la experiencia no nos es privativa. En toda América Latina la *civilización* urbana, europea, progresista, legalista y romántica se debía imponer a la *barbarie* agraria, indígena, negra, ibérica, católica y escolástica. La condición era la libertad política, es decir, la democracia.

Porfirio Díaz quiso darnos civilización sin democracia. A los indios y a los campesinos (pero también a la naciente clase obrera) les dio más barbarie. En cambio, el factor económico de la ecuación liberal fue protegido y desarrollado: progreso sin libertad. El país terminó por rechazar esta fórmula, así como la discriminación cultural que identificaba civilización con Europa, raza blanca, positivismo. La revolución mexicana fue un intento -el mayor de nuestra historia- de reconocer la totalidad cultural de México, ninguna de cuyas partes era sacrificable. Cuando quiso, por ejemplo, sacrificar la dimensión religiosa, el estado revolucionario no lo logró. En cambio con suma habilidad manejó las formas y los contenidos de la justicia social como

promesa gradual, pero también como concreción fehaciente, de una democracia social sustantiva.

La cuarta y más reciente herida mexicana se abrió el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco. Las legitimaciones de los cincuenta años anteriores se vinieron abajo. El asesinato vil de la juventud por el gobierno, la falta de soluciones políticas para problemas políticos, la vacuidad del desarrollo económico sin democracia política o justicia social, iniciaron un declive que aún no termina. La herida mexicana, desde entonces, se llama falta de democracia con falta de desarrollo. Suplir ambos vacíos, y el orden en que ello debe hacerse, es el problema que se encuentra en el centro del actual debate mexicano.

La herida está abierta. Las adhesiones, quebradas. Las preguntas, allí: ¿nacionalismo o internacionalismo?, ¿aislacionismo o integración?, ¿democracia política o desarrollo económico?

La encuesta que publica el primer número de Este País no da contestación válida a estas preguntas. Refleja, eso sí, el dolor de la herida abierta. Pero en vez de crear una alternativa de identificación nacida de los problemas mexicanos, la desplaza hacia la peor y más peligrosa de nuestras ilusiones históricas: que otros se ocupen de mis problemas; yo soy incapaz de resolverlos. Esto, en mal teatro, es la solución del *Deus ex machina*: de los cielos, desciende sobre la escena un dios que salva al héroe del predicamento en el que se encuentra. El héroe vencido, en este caso, sería México. El dios que baja en su máquina, los Estados Unidos de América. La mayoría de los entrevistados no están muy orgullosos de su nacionalidad y se sentirían muy a gusto formando parte de un solo país si esto significase una mejor calidad de vida. En cambio, más de un 70% aún estaría dispuesto a pelear por México (en comparación con aproximadamente el 80% en los Estados Unidos) y, en ambos países, aún no existen mayorías dispuestas a borrar las fronteras.

Los dos primeros datos -falta de orgullo, disposición a formar un solo país con los Estados Unidos- remiten de nuevo a la herida mexicana. Desde 1968, por lo menos, ésta se llama falta de democracia con falta de desarrollo. Mala gestión política y mala gestión económica; aún cuando la gestión sea buena, es vista como mala porque es dolorosa. Ambos fracasos son atribuibles al estado nacional mexicano, un estado nacional que, además, se identifica con un solo partido político, y si en el pasado (ya remoto) los éxitos del estado nacional podían extenderse al PRI, y los de éste a aquél, a partir de 1968 ocurre lo contrario: los vicios del PRI, sus errores, son atribuidos, penosamente, al estado nacional. El PRI se convierte no sólo en un obstáculo para la democracia, sino en un obstáculo para el estado y, por ser éste nacional, para la nación misma. En países democráticos los errores y los aciertos acaban por distribuirse con cierta equidad entre partidos que se alternan en el poder. En México, todos los aciertos y todos los errores son atribuibles a un solo partido, que es estado, que es nación. Y en los últimos veinticinco años, los vicios han sofocado abrumadoramente a las virtudes.

A lo largo de este proceso, sin embargo, no se le puede atribuir al nacionalismo mexicano, ni a su producto, la nación mexicana, el carácter agresivo de los nacionalismos europeos o japonés entre la primera y la segunda guerra mundiales. Ni *Ein Volk, Ein Reich, Ein Fuehrer*, ni *La Terre et les Moris*, ni *Il Sacro Egoísmo* han sido gritos de guerra de los gobiernos mexicanos. Más modestamente se ha hablado de *unidad nacional*, con el propósito interno de justificar la hegemonía partido-gobierno, pero también con un propósito externo. Pues el nacionalismo mexicano, o su ausencia, se definen, en gran medida, por la vecindad de otro nacionalismo: el norteamericano.

Los Estados Unidos han sido portadores de un nacionalismo tan agresivo y autoadulatorio como los de cualquier potencia imperial europea. Pero hasta ahora, el nacionalismo norteamericano, agresivo fuera de sus fronteras, ha mantenido un sistema democrático dentro de ellas. He comparado alguna vez a los Estados Unidos con el Dr. Jekyll y el Mr. Hyde de la fábula de Robert Louis Stevenson: *El hombre y la bestia*, la benévola democracia interna, el agresivo monstruo externo.

A veces, los mexicanos hemos visto la cara de Mr. Hyde: destino manifiesto, gran garrote, diplomacia del dólar. Otras, muchos compatriotas prefieren ver la del Dr. Jekyll. Eso sucede hoy, como lo refleja la encuesta, y la razón es fundamental, aunque sea pasiva. Los Estados Unidos han tenido éxito en todos los renglones en los que los mexicanos hemos fracasado. Ellos se adaptan a los medios necesarios para lograr la modernidad; nosotros somos incapaces de salir del hoyo arcaico. Ellos son democráticos; nosotros, autoritarios. Ellos son prósperos; nosotros eternamente pobres. Ellos son eficaces; nosotros, inútiles. Vivimos un fracaso nacional lado a lado con el máximo *success story* de la modernidad: el imperio norteamericano democrático, poderoso, rico y libre. ¿Cómo no vamos a ver, en la potencia vecina, el nuevo centro de identidad que nos proteja y que nos cicatrice, de una vez por todas, la herida nacional? No vemos muy de cerca los defectos de la sociedad nortea-

mericana, las graves fisuras morales, económicas y sociales de su actualidad. Porque comparados con nuestra pulmonía, los problemas de los Estados Unidos nos parecen un catarrito cualquiera.

Siempre ha habido *polkos* en los momentos de crisis en México. Y su conclusión de sobremesa es siempre la misma: nos debemos convertir en el estado 51 de la Unión Americana. Adiós problemas. Bienvenidos el éxito, la prosperidad, la democracia.

Esta disponibilidad pasiva no merece respeto ni en México ni en los Estados Unidos. Y no sólo porque para los norteamericanos, el que se comporta como esclavo siempre ha sido tratado como tal, y sólo quien los trata de pie y al tú por tú asegura atención y obtiene resultados. No lo merece porque, sobre todo, desplaza, sin resolverlos, nuestros propios problemas. La contradicción de la encuesta, de ambos lados de la frontera, es ésta: ni los Estados Unidos ni México quieren que desaparezca la frontera. Formar un solo país, siempre y cuando esto signifique una mayor calidad de vida: Sí. Pero borrar fronteras y dejar que entren -o salgan- los problemas irresueltos de México a los Estados Unidos y de los Estados Unidos a México: No.

Marx y Engels se cuentan entre los primeros críticos del nacionalismo mexicano. La espectacular derrota de México en la guerra de 1847 movió a los dos pensadores socialistas a celebrar el triunfo de los Estados Unidos, en nombre del progreso. «Pues cuando un país perpetuamente embrollado en sus propios conflictos -escribió Engels- perpetuamente desgarrado por la guerra civil y sin salida para su propio desarrollo... es arrastrado por la fuerza hacia el progreso, no nos queda más alternativa que considerarlo como un paso adelante.» Y concluye su artículo en *La Gaceta Alemana* de Bruselas, escrito en 1848: «En beneficio de su propio desarrollo, conviene que México caiga bajo la influencia de los Estados Unidos. Nada perderá con ello la evolución de todo el continente americano.»

Por supuesto, el júbilo de Engels y de Marx se fundaba en un razonamiento que les era precioso. Sacado a la fuerza de la siesta agraria, México entraría en la era industrial de la mano de los Estados Unidos, creando una clase obrera que aceleraría las contradicciones del capitalismo en México y en los Estados Unidos, conduciendo al triunfo inevitable de la revolución proletaria.

Marx y Engels detestaban al nacionalismo y veían el futuro de la humanidad en un internacionalismo colectivo y fraternal. Con menos ímpetu fraternal, el tipo de crítica internacionalista y futurizante tan en boga, nos advierte hoy que las economías nacionales han dejado de existir. Vivimos una economía global, bajo el signo de una rápida integración determinada por una nueva división internacional del trabajo. Nadie puede apartarse de este proceso. Ni siquiera la economía más fuerte del mundo, que es la norteamericana. Los Estados Unidos dependen cada vez más de la buena voluntad de las inversiones y depósitos japoneses y europeos. Sin ellos se vendría abajo la política de gasto deficitario que, desde la guerra de Vietnam, sostiene a la economía del norte.

Por lo demás, las empresas transnacionales se han convertido en unidades indispensables de la integración global. Ellas son las portadoras de inversiones, información y adelantos tecnológicos. Libre comercio, apertura de mercados, caída de barreras, flujo de capitales (¿y de mano de obra?): los mexicanos no podemos ser *luditas* anacrónicos, empeñados en mantener estructuras nacionales periclitadas.

Muchas de estas razones son válidas y crean un apremio, visible en el actual gobierno mexicano, por acelerar nuestros procesos de integración. No podemos quedarnos afuera, apartados de la carrera hacia la integración. Nuestras opciones son múltiples y complementarias. Integración con Europa y con la Cuenca del Pacífico, sin duda. Y una integración latinoamericana, aún por hacerse, también. Pero, obviamente, los ojos se dirigen primero hacia los Estados Unidos. Tenemos la ventaja sobre cualquier otro país en desarrollo de compartir la frontera con el mayor mercado mundial. Debemos aprovecharlo.

Pero nuestra ventaja es relativa, desde dos puntos de vista.

El primero tiene que ver con la naturaleza misma de los Estados Unidos, que aunque participante primordial de la economía global, no deja por ello de ser un país nacionalista. ¿Se nos va a pedir que nosotros dejemos de serlo, mientras nuestro poderoso vecino incrementa su propio nacionalismo hasta un grado de peligrosidad que, por qué no, nosotros los mexicanos podemos ser los primeros en sufrir?

Aparte de las diversas reservas de tipo técnico y económico, social y cultural, que de buena fe se

pueden oponer a un proceso de integración, quiero destacar sólo esta: los Estados Unidos son hoy el país más nacionalista de la tierra. La victoria en el Golfo Pérsico ha eliminado todas las barreras psicológicas creadas por la derrota en Vietnam. Antes de Irak, los Estados Unidos se saltaron el derecho y a los organismos internacionales en Nicaragua y Panamá. Ahora, han aprendido a manipularlos en su favor. ¿Cómo los usarán mañana? ¿Se respetarán ahora las resoluciones de la ONU en el caso de Israel y los palestinos? ¿Incluye el nuevo orden internacional del presidente Bush el respeto a los derechos políticos creados por nacionalismos menos fuertes que el de los Estados Unidos, el mexicano en primer término?

Los largos años de silencio frente a los crímenes de Saddam Hussein, mientras se le pertrechaba con armas, créditos y tecnología nuclear y química, demuestra que en el mundo, según Juan Goytisolo, hay dos tipos de personas. Los seres humanos, por ejemplo, los kurdos asesinados por Saddam: por ellos nadie levanta un dedo; y los petrohumanos, como los kuwaitis: por ellos y sus reservas petroleras se movilizaron 800 000 tropas y la fuerza armada más impresionante de toda la historia. ¿Qué seremos los mexicanos en estas nuevas circunstancias: seres humanos dispensables o indispensables petrohumanos?

Quiero recordar, simplemente, que en la nueva situación internacional el trato con los Estados Unidos no sólo ofrece oportunidades, sino peligros enormes. La integración económica tiene límites precisos: no es infinita ni conduce a la abolición de fronteras ni de otros signos aún necesarios para la existencia nacional. En una entrevista a *Los Angeles Times*, el presidente Carlos Salinas lo deja bien claro: "Las negociaciones para el tipo de acuerdo que buscamos con los Estados Unidos no abarcará otro tema que no sea el del comercio. Nuestra autonomía en otras áreas permanecerá intacta." Expresamente, el presidente de México excluye del proceso de integración a las fronteras, los ejércitos, los parlamentos y las monedas.

Pero una segunda advertencia sobre los límites de la integración global es mucho más amplia y rebasa con mucho a México y a los Estados Unidos. Porque si de un lado se observa un claro proceso de integración económica a escala mundial, del otro se multiplican las revueltas étnicas, los separatismos violentos y los nacionalismos redivivos. Integración de un lado. Balcanización del otro.

No es demasiado tarde, me parece, para tender entre ambos un puente político: el federalismo. Eric Hobsbawm hace notar que el alto grado de evolución impuesto a Alemania e Italia por los aliados de la segunda guerra mundial ha impedido ese tipo de brotes separatistas (bávaros, sicilianos) donde antes hubo regímenes fascistas altamente centralizados. En cambio, de la Unión Soviética a Irlanda, de Canadá a Yugoslavia, las pretensiones nacionalistas ponen en jaque no sólo a la unidad política nacional, sino a la integración económica mundial.

Éste no es el caso ni de México ni de la América Latina, y creo que debemos entenderlo y potenciarlo en nuestro trato con el resto del mundo. Si la URSS corre el riesgo de desplomarse y fragmentarse, creando vacíos peligrosísimos en todo proyecto de integración global; si Alemania, en cambio, ha elaborado un sistema casi perfecto en el que los Länder se articulan federalmente con la nación, y ésta con el mundo; en México y Latinoamérica tenemos aún esta ventaja: la coincidencia de la cultura con la nación.

El resultado de nuestra experiencia histórica ha sido una cultura contenida dentro de los límites de la nación, pero no por ello monolítica. Dentro de cada unidad nacional latinoamericana hemos dado cabida a policulturas indígenas, europeas, negras y sobre todo mestizas, mulatas. Pero fuera de los límites nacionales hemos estado íntimamente ligados a las culturas ibéricas y, por medio de ellas, a las del Mediterráneo. Ello ha bastado para relacionarnos también con las otras culturas de este hemisferio -anglosajona, francesa, holandesa- y del resto del mundo, sin perder nuestra propia personalidad cultural.

Pero la cultura debe tener una correspondencia política que, hasta ahora, se ha llamado *la nación*. Como dije al principio de este ensayo, este concepto no es eterno. De acuerdo con Ge-Ilner, de la cultura puede surgir otra relación política que no sea la *nación*. Asediado nuestro nacionalismo por las fuerzas que nos mueven hacia la integración y por la vecindad de otro nacionalismo más poderoso que el nuestro, ¿dónde encontrar el complemento político, la superación cualitativa, que salve tanto a la nación como a su cultura? ¿Cómo crear, dentro de México, centros de identificación y de adhesión que no nos obliguen a buscarlos afuera?

La promesa incumplida de todos nuestros proyectos modernizantes ha sido la democracia. Es tiempo de darnosla a nosotros mismos, antes de que su ausencia sirva de pretexto para que el

nacionalismo norteamericano, democrático e imperial, entre a salvarnos para la libertad. Pero, además, tenemos que reanudar un desarrollo económico que ya no puede privarse de su escudo político que es la democracia; ni de su escudo social que es la justicia; ni de su escudo mental que es la cultura.

Tradicionalmente identificadas la conciencia de nación, territorio y estado como unidades correspondientes, la singularidad de la cultura es, paradójicamente, su pluralidad. Nación y territorio, nación y estado, pueden coincidir unitariamente. Nación y cultura, en cambio, sólo existen pluralmente. La cultura actúa como elemento de adhesión e identificación sólo en la medida en que su variedad sea respetada y pueda manifestarse libremente.

Por esta vía nos damos cuenta, precisamente, de que la portadora de la cultura es la sociedad entera, tan pluralista como puede serlo su cultura. Y si la sociedad y la cultura que ella aporta son plurales, ¿no debe serlo también la política si, en efecto, ha de representar a la sociedad y a su cultura?

La democracia como centro de identificación, coherente con la cultura y la sociedad, nos permitirá cerrar las heridas por nosotros mismos. Sobre la base de democracia y justicia internas México podrá moverse con mayor seguridad por el ancho mundo de la integración económica. No busco en el nacionalismo la defensa de la nación. Quizás, en efecto, se trata de nominaciones periclitadas. Pero sí busco la defensa de la sociedad, de la cultura y de quienes hacemos una y otra, como proyectos nacidos de nuestra imaginación y de nuestra voluntad, de nuestra memoria y de nuestro deseo.